

Palabras con motivo del otorgamiento del título de Hijo Ilustre de Santa Clara, Casa de la Ciudad, Santa Clara, 26 de febrero de 2002.

Ya el Capiro no tendrá nunca más que avergonzarse

Compañeras y compañeros,

Resulta de mucho honor presentar el agradecimiento de quienes esta noche han recibido el reconocimiento “Colaboración Cultural con la Ciudad”. Por igual, hablo en mi nombre por el título que me ha conferido la villa del Capiro. Aquella fundada en julio de 1689, inicialmente como Villa Nueva de Santa Clara del Cayo. Galardonados han sido Ricardo Riverón, cuyos azules son destellos de zafiro; Ambrosio Fonet, crítico literario de una muy poco común penetración; Lorenzo Lunar, envuelto en los misterios de la novela negra y con justicia premiado internacionalmente; Luis Toledo, una vida dedicada esencialmente a hacernos llegar un Martí cada vez más próximo; Amir Valle, cuya obra narrativa toma cada día mayor dimensión y Jorge Ángel Hernández, cosechero de vuelo singular lo mismo en la narrativa que en el ensayo. Sin dudas, soy hombre afortunado por haber recibido la encomienda de atar mi voz a las suyas, para agradecer muy profundamente el gesto de esta ciudad de distinguirnos y honrarnos. Felicito al propio tiempo a mi viejo amigo Miguel Barnet, cuya fulgurante poesía y mágicas narraciones se dilatan ya en el universo.

En cuanto a mi, no puedo ni pretendo esconder que este momento constituye uno de los más conmovedores de mi existencia. Una vida que ya empieza a estirarse lo suficiente, como para que al apuntarle en calidad de testigo a un alto dirigente del Partido en la provincia un detalle sobre la entrada de Fidel en Santa Clara, tuviera que advertirme que entonces él no había nacido. Para justificar mi emoción, tómese en cuenta que hablo a poca distancia del lugar en que estuvo la morada de mis abuelos, recibo honor de la ciudad a la que mi madre, santaclareña ejemplar, tanto amó y me enseñó a querer.

Todavía recuerdo el día que llegué por primera vez a la Universidad de La Habana y emocionado pasé junto al Alma Mater. Me resultaba una imagen sumamente conocida. La había visto reproducida tantas veces, que me resultaba familiar. Sin embargo, en esta

ocasión tenía un significado diferente. No solo contemplaba la figura emblemática en su realidad, sino que ahora me convertía en vástago de la colina sagrada, y eso constituía un compromiso con la historia de luchas e hidalguía que la nimbaba. Quizás, entonces, comenzaría a comprender que podemos tener más de un Alma Mater: no solo aquella que nos dio tibia cobija en su pecho.

Sin dudas, junto al ser impar que meció nuestra cuna, hay otras: todas las que nos han inducido los valores guiadores. La patria y la humanidad, que para decirlo con Martí también es patria, son vientres que engendran y propician. Se habla a la par de la madre naturaleza. Y, sin dudas, tiene cabida en esa enumeración la patria chica, el terruño que nos abrió un sitio bajo el sol cuando llegamos al mundo. Considérese que, a lo largo de los primeros siglos y todavía en el siglo XVIII, primero los antiguos hijos de la tierra y luego los criollos, no llamaban patria a la isla sino a la menguada región en que nacían y bregaban, fecundaban y recibían sus señas de identidad.

¿Acaso no dijo siglos atrás el poeta, al cantarle al Capiro?:

Esmeralda gentil resplandeciente
Llena de magestad y poesía
El indiano Capir alza la frente
En los verjeles de la patria mía.

En efecto, patria llamaban sus prístinos pobladores a la landa que corría entre el Guanal y Orejanos y colindaba con el río del Monte, el Cubanicay, y el de la Sabana, el manso Bélico, denominado así quizás con cierta resonancia irónica nada menos que por Plácido, a causa de haber hallado en sus márgenes piedra de imán, símbolo de la guerra, y el olivo de la victoria.

Por eso, siento que de manera principal junto a Cuba, la humanidad, la universidad, Santa Clara ha sido también para mi alma mater, y en eso no cuenta que me haya marchado temprano de sus predios amparadores. Nunca he dejado de ser santaclareño (todavía me cuesta trabajo designarme con este gentilicio, piensen que nací y viví 36 años villaclareño); es decir, pilongo, como se decía en tiempos antiguos a los bautizados en la

pila de la Iglesia Mayor, trasladada luego a la del Carmen. Y cuando apunto a esta, mi región, no me refiero a un concepto angosto o reductor, a la tierra abundante y vigorosa, al cielo esplendente y diáfano, a las calles amigas, al paisaje encantado y diverso y, ni siquiera, a las relaciones más entrañables. Con ese nombre evoco las virtudes y valores, los más puros y generosos sentimientos, la sensibilidad y compasión ante otros seres humanos o la naturaleza, el amor a lo hermoso, en fin a la vida espiritual que en este lugar palpé y nos insuflaron no solo nuestros mayores, sino todos aquellos que se mostraron ejemplo de cualidades o aquellos otros que nos rodearon y, de diversa forma, contribuyeron a forjar tempranamente nuestro ser.

De esa estirpe participan los héroes de antaño que poblaron la localidad o los contemporáneos que todavía no sabíamos eran los héroes del renuevo de la historia, esos con quienes nos encontrábamos cotidianamente en las esquinas de la ciudad, los maestros que nos enquistaron ideas y moldearon sensibilidades y todos aquellos que, mimetizados de manera múltiple, dejaron huella para abrirnos los ojos a las verdades del mundo y hacernos seres de conciencia.

Ante todo permítaseme rendir tributo a quienes contribuyeron a forjar la historia de Santa Clara y, por tanto, de Cuba. Espigo, entre tantos otros, a los Lorda, a Eduardo Machado, a Miguel Gerónimo Gutiérrez, iniciadores en el territorio, de la primera gesta de independencia. A Ramón Leocadio Bonachea, ineludible e irreductible a la misma altura de los Mangos de Baraguá; a Leoncio Vidal, cuya lámpara a manera de llama se enciende cada noche en memoria de su caída, sin que quizás se valore suficientemente el significado de una tarja o una luz que recuerda la vida que se entregó y de la cual somos deudores. A Marta Abreu, inmortalizada no solo por sus obras en beneficio de los santacolareños sino por su contribución a la independencia, y de quien nunca puede olvidarse que, mientras otros personajes opulentos cerraban los cordones de su bolsa ante los dolores de Cuba, hacía llegar generosamente muy crecidas sumas a las cajas en apremio del Partido Revolucionario Cubano. La fe patriótica de esta ilustre hija de la ciudad la llevó, a la muerte de Maceo, a entregar sin que se le requirieran medio de millón de francos más, y escribir junto a uno de sus envíos una frase que pone un acento de estremecimiento en la voz: "Que Dios nos proteja y el valor de los cubanos haga lo demás".

Lo rindo también a todos los que lucharon contra el régimen colonial y a este pueblo que no pudo ser doblegado ni con la reconcentración. Según los relatos de mi abuela, pululaba por las calles la dolorosa humanidad reconcentrada, hacinada en inmundos barracones, que reñía a brazo partido por las sobras de los cuarteles; mujeres famélicas de pechos secos, sin alimento para amamantar a su criatura; niños distróficos, minados por la escrofulosis, cubiertos por las viruelas; ancianos caquéticos y martirizados por los piojos; niñas envilecidas por una ración de pan o un trozo de tela basta con que tapar su vergüenza; hombres desventurados, tuberculosos, con la piel sarmentosa pegada a los huesos, eran sombras que pasaban ante su vista y cada día morían sin remedio.

Me referiré a Rolando Pardo y Mirto Milián, mártires de la lucha contra la tiranía de Machado, y a los maestros de Santa Clara, por maestros y por cívicos, porque si muchos de los santacolareños fueron protagonistas del repudio a tal régimen de horror, hay que recordar, en primer lugar, la manifestación protagonizada por aquellos mentores inermes, mujeres y hombres, que en el parque Vidal enfrentaron la represión brutal de la soldadesca y la guardia rural. La cólera hija del hecho, se volvió en toda la isla una gota más en el rebose del odio al régimen oprobioso.

Y en la nueva hora de lucha, entre otros nombres, a Chiqui Gómez Lubián, a quien saludé por última vez, poco antes de su caída, en la cafetería de enfrente de esta casona. A Julio Pino, su hermano de lucha. A Ramón Pando Ferrer y Osvaldo Herrera, destrozados en medio de su incommovible silencio por monstruosos criminales; a Chichí Padrón, Nicolás Fleites y el Chino Bernal, quienes se batieron con el enemigo hasta las últimas consecuencias; a los mártires del 9 de abril; a José Ramón León, *Dinamo*, y Juan Oscar Alvarado, alevosamente asesinados; a Abelardito Pérez, que cayó combatiendo en estas calles, y a Roberto Rodríguez, el Vaquerito, quien sin ser originario de esta ciudad entregó aquí su preciosa vida. No dejaré de mencionar a otros más que no cayeron entonces y, sin embargo, tienen un puesto en la historia de Cubanacán, como Quintín Pino o Rodolfo de las Casas.

Desde luego, nunca se podrá escribir la historia de Santa Clara sin evocar a un santacolareño universal quien, paradójicamente, no nació en ella sino que llegó de lejanas y hermanas tierras y aquí celebró el más trascendental de sus combates de la nueva

guerra, el liberador de la ciudad, Ernesto Che Guevara. En aquellas horas de pólvora y llamas, en que nadie sabía como ayudar más, todo un pueblo se lanzó a su lado para librar la gran batalla y el Che lo guió como un San Jorge vencedor. Santa Clara ama al Che como a un hijo. Por eso, con legítimo orgullo, recibió sus restos sobre el escudo y entera se volvió su guardiana y, con estos, custodia también los pertenecientes a los héroes que con él cayeron para lograr un nuevo mundo de justicia y solidaridad, aún para los soldaditos que los combatieron.

Me permito recordar que a la hora de la lucha contra el bandidaje impulsado por el imperio, Santa Clara fue la retaguardia segura de la porfía por librarnos de aquella peste. Aquí estaba el cuartel principal de la Revolución en la provincia, y los hombres de verde y de verde y azul marchaban al Escambray en busca tenaz e implacable del enemigo. A ella se regresaba solo para reponer pertrechos y recibir nuevas órdenes. Y, a la hora de Girón, sus fuerzas corajudas, valerosas, mojaron las botas en aquella playa. La villa tiene una tradición de pelea contra los invasores, quizás poco conocida. Cuando los ingleses de Vernon desembarcaron en 1741, en Guantánamo, encontraron entre quienes los combatieron y los hicieron volver a sus fragatas a los hombres vestidos de cañamazo y sombrero de paja de tres picos de las compañías de milicias de Santa Clara. A la hora de la invasión inglesa contra La Habana, allá fueron las compañías milicianas a combatir hombro con hombro con los habaneros y dejar en Managua o la loma de la Cabaña la sangre de quienes cayeron. De hecho, toda Villa Clara se levantó armada, lista a proteger su tierra del posible ataque de los casacas rojas de Albemarle. De entonces se remonta la tradición de lucha de los santaclareños, en defensa de Cuba. Sin dudas, son muchas y tempranas las muestras de heroísmo que ha dado esta ciudad.

En su devenir, ya exhibe triunfos en profusión. Creo no exagerar si, entre otros, menciono que la medicina suma logros que trascienden a la nación, su trabajo educacional se vuelve obra de maravilla y el cultural resulta de vanguardia, ejemplar.

Desde luego, me referiré a este último. No quiero convertir estas palabras en testimonio de mis páginas vueltas, sino nuncio de días cada vez más venturosos. Sin embargo, debo recordar a fuer de viejo santaclareño que solo unas décadas atrás eran restringidas las posibilidades culturales de la ciudad. Si descuento la gran promesa que significaba la

apertura de la Universidad Central, puedo enumerar que a su servicio sólo estaba una biblioteca pública, unos pocos conservatorios de música para enseñar piano y algún otro instrumento, ningún grupo teatral y los que nos visitaban eran las compañías del vernáculo que llegaban a La Caridad, dos pequeñas librerías, una escuela de artes plásticas mal dotada, una limitadísima enseñanza privada de ballet, alguna que otra vez una página con algunas cuestiones culturales en *El Villareño* y la estoica y meritoria Banda Municipal de Música, de Jiménez Crespo, con sus retretas de fin de semana en el parque. De museo solo es posible recordar un empolvado casco prusiano y dos o tres objetos más en un rincón de la biblioteca. Poetas sin publicaciones, pintores sin galerías, músicos sin orquestas, actores sin teatro, era el panorama desolador de la vida cultural de la tierra adoptiva de José Surí, poeta y dramaturgo, de quien ya en el siglo XVIII se representaban sus obras, y del poeta Fresno Nereyda —un anagrama—, el cantor del Capiro.

Incluso, en todo caso, se vivían agresiones a su patrimonio. Permítanme un relato. De la Normal de Maestros, a la caída de la dictadura de Machado, había emergido una nueva hornada de mujeres y hombres de clara conciencia y actitud. No resultaba gratuito. Había sido copada por un claustro en que pululaban profesores de ideas sociales avanzadas o comunistas: Galló, Ravenet, Macías, González Puig. Por eso, la reacción trataría de subvertir aquella noble hegemonía de progreso con el ingreso en el claustro de algunos servidores de la idea antinacional. Fueron estos quienes cometieron un crimen horrendo. La sensibilidad de aquel profesorado renovador, había llevado a que se convocara a los más relevantes pintores cubanos de la época; entre otros, Portocarrero, Amelia, Mariano, Arche, González Puig, para que en los paños de pared del pasillo del primer piso del vetusto edificio de la calle de Luis Estévez plasmaran sus obras. Todavía recuerdo anécdotas que me contó Portocarrero, de su estancia en la ciudad. Allí estaban aquellos murales, cuando en la década del 50 la dirección paleolítica del centro ordenó cubrir las con una capa de pintura —e incluso alguna con cemento—, porque eran obras de vanguardia, es decir, para el cerebro del cancerbero pitiyanqui de la Normal, comunistas, protocomunistas o algo así. No miento, yo lo vi y, para comprobación, pueden buscar la historia en una revista *Carteles* de la época. Aquel hecho bárbaro e incivilizado, causó un escándalo que tomó vuelo nacional. En la década del 70, el Ministerio de Cultura envió restauradores para recuperar las obras. Las tapadas por el cemento, se perdieron

definitivamente.

Hoy comprobamos la diferencia abismal, que de entonces nos separa. Quién iba a decir que en Santa Clara funcionarían no una, sino dos editoriales. Las menciono, en primer lugar, por mi conocida desviación hacia el mundo de los libros y sobre todo, como elogio, porque Capiro comenzó a trabajar audazmente, sin lloronerías, al comienzo del Período Especial, cuando algunos en el mundo no apostaban un centavo por la vigencia de la Revolución, y la otra, Sed de Belleza, resulta hija predilecta de la Asociación Hermanos Saíz.

Hace poco, estuve varios días en la ciudad y soy testigo de que prácticamente en ninguno de ellos dejó de haber alguna actividad cultural. Si algo resulta sugestivo, digno de toda ilusión, es que la plaza cultural está tomada por los jóvenes y, desde luego, les sobra la energía y entusiasmo para no descansar en esos menesteres. Y si bien no voy a enumerar una por una las instituciones e instalaciones de la cultura, resulta obligatorio recordar que la ciudad celebra eventos de relieve nacional, como los de cine club, teatro de pequeño formato y la trova. Dispone con orgullo justificado de un guiñol y su teatro y otros proyectos de las artes escénicas. Pueden visitarse museos tan hermosos, como el de la casa de Clarita Carta, perdónenme, el de Artes Decorativas, y esta acogedora Casa de la Ciudad en su actividad multifacética presenta muestras muy diversas e interesantes. A la par, merece toda la atención el Museo Histórico. En cuanto a la Biblioteca Martí, reluce en la noche, como cristal iluminado y resulta mucho más esplendente, cuando se observa su sala de lectores colmada. En las proximidades, la librería Pepe Medina convida a visitarla y, para más, resulta escoltada por otras cuatro librerías. La música, como un mero sueño para quien lo imaginase no demasiados años atrás, se ejecuta por una sinfónica, una banda de conciertos y un coro profesional. Cómo no citar todas esas admirables agrupaciones musicales impulsadas por los jóvenes. El premio Ciudad de Santa Clara, aumenta su brillo en cada edición. Los narradores y poetas de la villa, como aquí se ha visto, ganan premios nacionales e internacionales. Tres escuelas de arte coronan el trabajo formador. Desde luego, no voy a olvidar ese sitio ubicuo y original, paradigmático y reclamante, que es El Mejunje.

Al hacer este recuento, en medio de las palabras de agradecimiento, no olvido que estos

éxitos forman parte de los conquistados por la provincia de Villa Clara. Los logros enormes obtenidos por esta en todos los campos, nos llenan de orgullo y, desde luego, son trascendentes en el terreno de la cultura como no podía ser de otra manera. Están engendrados en la tierra que, entre tantas otras figuras luminosas, vio encumbrar a Juan Marinello, Onelio Jorge Cardoso, Carlos Enríquez, Jorge Arche, Wifredo Lam, Raúl Cepero Bonilla, Teresita Fernández, Samuel Feijóo, Carlos Loveira, Jorge Mañach, Enrique Nuñez Rodríguez, Alfredo Sosabravo, Medardo Vitier. Mas para que la obra fuese patrimonio de todo un pueblo, para que la creación se multiplicase ya en una hueste innumerable, tenía que producirse un cambio radical. Lo resumiré en una anécdota. Un día Onelio Jorge me comentó: “fui publicado antes de la Revolución, pero realmente nuestro pueblo solo conoció mi obra después que esta triunfó.”

Sin dudas, el 1ro. de enero de 1959, comenzó una nueva etapa hechizada que ya, sin que nos hayamos dado plenamente cuenta, se ha vuelto una leyenda de la que todos somos parte: porque el renuevo de cíclopes capitaneado por Fidel tomó otra vez la tarea de conducir a los cubanos y cantar a la gloria de esta patria bendita y prodigiosa que nos alberga y, como parte de ella, a Villa Clara y en su seno a esta ciudad que se yergue en el centro de la isla.

Al describir el Capiro, el poeta igualmente dijo:

Y tan rico de galas y primores
Como pobre de orgullo, avergonzado
Muéstrase á nuestros ojos disfrazado
Con sus palmas, sus seibas y sus flores.

Mas en los tiempos nuevos debemos proclamar, que ya el Capiro no tendrá nunca más que experimentar vergüenza. Porque en 1959 la villa a la que vela tomó irreversible vuelo hacia el futuro, para ya no replegarse más y, por eso, también con aquel poeta puede expresarse con alegría:

¡Salve, hermoso y poético Capiro
Parnaso encantador de Villa-Clara!

Oye mi voz, y tu belleza rara
Conserva el amor con que te miro.

Rolando Rodríguez